

canteros interiores de la plaza, donde le gustaba jugar a que escondía algún misterio. La plaza era un escenario fastuoso, con el sol oblicuo filtrándose entre los árboles y aquella fuente de la mujer con el cántaro golpeando perpetuamente su agua contra una piedra. Con el tiempo, las pocas veces que he vuelto por allá, he pensado si no estaba en otro lugar: esa plaza triste y pobretona no tenía nada que ver con mis recuerdos. Erika perfeccionó, bajo aquellas palmeras, su sistema infalible de caza y pesca, aunque darle ahora la categoría de coleccionista de trofeos humanos me coloca en el deslucido lugar de presa fácil. En realidad lo era, y debo decir que yo mismo procuraba estar en cualquier extremo de la mira: cazador o presa fácil eran dos formas de pasarlo bien. Sin embargo, con Erika la cosa fue distinta, una rápida escaramuza que no me dejó ni siquiera el consuelo de poder fanfarronear con ella. Una noche me di cuenta de que Erika celebraba exageradamente mis chistes; el día había sido de un calor aplastante, y así la noche era clara y abierta, con todas las estrellas aportando un excelente tema de conversación a los que tomaban aire con un helado en la mano; había comenzado a llegar la brisa desde el río, y en estas condiciones la plaza era un hormiguero, las cervecerías hacían su negocio y nosotros, el grupo de siempre, sentados en dos bancos enfrentados, no teníamos mucho que decir, pero lo hacíamos a gritos. En cuanto supe que tenía cancha por delante, me sentí más gracioso que nunca; Erika llevaba la iniciativa, para qué disimularlo ahora; yo ponía la pólvora y ella hacía los disparos, y en este acuerdo estuvimos distrayéndonos un rato hasta que nos encontramos separados del enjambre, buscando los parajes de la plaza donde la municipalidad hacía ahorro de electricidad. Otras parejas se escondían por allí, entre los ligustros, cada uno andaba en sus cosas, que eran más o menos las de todos, y así resultaba ser la zona de más animación. Erika conocía todas las tácticas, las maniobras envolventes, los avances en profundidad, hasta llegar con facilidad al jaque mate; me llevó hasta una especie de templete circular, con un techo en forma de paraguas, que se usaba algunas veces para la banda de música aunque, por lo general, sólo servía para mostrar la pretensión helénica de algún intendente; a nosotros nos sirvió de escondrijo, y fue raro que no hubiera nadie, las parejas caían a ese sitio por ley de gravedad. Estaba cercado por enredaderas, plantas incontrolables que llegaban a fastidiar la actuación de los músicos; aquella vez nos ayudaron. Fue fácil, comenzamos a tontear con frases de doble intención que, en realidad, escondían sólo una; era como hacer progresos en poesía lírica, pero cada palabra lleva oculta otra, y ésta a su vez una tercera, y así nos alejamos a toda velocidad de la poesía lírica y pasamos a besarnos con el apasionamiento del realismo de posguerra, cualquiera fuese la posguerra que lo puso de moda. Algo extraordinario; yo era consciente de que tenía un grandioso asunto entre las manos, íbamos con el acelerador a fondo y sin pensar para nada en los frenos, pero de pronto me empujó, tomó distancia, la mirada directa del que apuesta fuerte conociendo sus cartas. Me preguntó qué era ella en ese momento para mí. Tenía desordenado el vestido, una túnica corta sujetada por un botón del hombro izquierdo que combinaba bien con el templete griego; yo había estado trabajando ese botón, y en el momento que cedía me apartó. Su pregunta tenía un tono acusador, como si yo fuera un imbécil que, por el hecho de besarnos de ese modo, ya la estuviera viendo revolver la carterita entre los marineros. Nada de eso, sólo encontraba motivos para ponerla en un altar del más gozoso

paganismo. Todo coincidía, el cuadro era una perfecta invocación a todo lo que sabemos del olimpo, y así, con el último aliento, lo que me salvó de ser enfático, dije: —Afrodita.

No se descolocó; tampoco se rió, hubiera sido terrible.

—¿Afrodita? ¿Esa que salió desnuda del agua?

—Esa —y todavía pude manotear hacia donde estaba la cúpula celeste y, en algún lugar, el planeta misterioso—. Venus, la que está allá arriba, en el cielo.

—El cielo está lleno de botarates. La prefiero en el agua.

Caminó hacia una esquina del templete, la enredadera hacía allí una especie de reverencia y formaba un rincón oculto. —Aquí no hay agua, pero hagamos la cuenta—, y con un movimiento de absoluta confianza en sus recursos, teatral y sin apuro, desprendió el botón del hombro y la túnica cayó como un plato a sus pies; llevó los brazos a la espalda y también el corpiño se vino abajo; no dejaba de mirarme, sus pechos sueltos y firmes era lo único que había en varios kilómetros a la redonda, un llamado brutal que casi me vuela la tapa de los sesos. Era evidente que debía hacer algo, y allí estaba yo, indefenso, como el ratón paralizado por la cobra. Varias voces, a lo lejos, corearon nuestros nombres; la clásica broma. No era necesario advertirle que alguien podía llegar a buscarnos, otra pareja elegir esa guarida, o un paseante distraído, del brazo de su señora, pegarse un susto con sólo volver la cabeza; Erika estaba ajena a cualquier interferencia, reclamando aplausos. Una voz en falsete nos llamó de nuevo y hubo un revuelo de carcajadas; la miré con el terror en la cara, pero ella, imperturbable, como si estuviera ofreciendo una actuación al mundo, dobló la cintura hacia adelante y se bajó la última defensa, un trapito celeste y amaestrado que se enroscó en los tobillos.

—Afrodita —dijo, los muslos increíbles, la mancha oscura en la entrepierna, y de ahí para arriba un poderío provocador—. Ahora te toca a vos —de este modo me invitaba (desafiaba) a que yo también me pusiera en pelotas.

Las conclusiones llegan después que los hechos y no pueden cambiarlos; si yo hubiera actuado con celeridad, seguramente hubiera entrado con Erika a los anales de la historia; la lección que saqué aquella noche es que todo se resuelve en un instante; me sirvió para otras ocasiones, pero entonces dudé y supe en el acto que había fallado el golpe. Las voces nos seguían llamando, sonaban más próximas, tal vez las acercaba mi desesperación; maldecí con toda el alma a los graciosos, me asomé un momento para ver si llegaban; vaya a saber qué ocultaban los ligustros, por de pronto cuchicheos y bultos previsibles, gente en estado de disimulo; esos no contaban; pero cuando volví la cabeza hacia Erika, ya se estaba vistiéndola. Intenté detenerla, me abalancé hacia ella mientras me desprendía la camisa, llegué a sacármela incluso, pero ya todo había pasado, del aluvión sólo quedaban restos inservibles en la orilla. Todavía pude darle un beso, ella me dejó hacer, ya jugando descaradamente conmigo; luego me tomó de la mano y me sacó de allí, un ejemplo perfecto de quién llevaba a quién.

Las siguientes veces que nos vimos, siempre en grupo y sintiéndome decididamente secundario, se encargó de mostrarme la descalificación irónica que ella usaba como nadie. Yo intentaba contrarrestar como podía, con el engolamiento ingenuo del que sabe cosas superiores, pero aunque simulaba lo contrario, me sentía cohibido en cuanto Erika en-

traba en escena. Esto duró un tiempo, hasta que los vasos comunicantes nivelaron las aguas y pudimos volver a la naturalidad de siempre. Un triunfo de la convivencia para tapar un fracaso.

También con Roberto tuvo fácil la tarea; ningún consuelo. Desconozco los detalles, pero es seguro que él llegó en su rol castigador; todas las mujeres, por el hecho de serlo, tenían una deuda pendiente con él, así que cuando los vi secretear en un banco oculto, caminar con la mirada soñadora y acercar las mejillas en lo que, desde lejos, bien podía interpretarse como un beso, sentí la pedrada en plena cara. No me gustó, pero tuve que aceptarlo; cualquier lamentación llegaba tarde y me hubiera causado el efecto de un berrinche cómico. Para colmo, me tocó tragar el comentario malicioso de María, que seguía la escena como si los estuviera apuntando con una escopeta: —Creo que Roberto ha encontrado a la mujer de su vida.

Con estas palabras me lo dijo él mismo, sólo que en su boca tenían una seriedad agotadora. A los diecisiete años es fácil adivinar el destino; que luego se cumpla o no, es un detalle que depende de otras cosas.

A los pocos días se corría una regata, una fiesta anunciada con bombas de estuendo y una camioneta dando vueltas por las calles con un altoparlante en el techo; por la noche se entregaban los premios en el baile del Náutico. El día no podía ser mejor, merecía figurar con nombre propio en una guía turística; cuando llegamos al río, todos juntos y gritando, ya estaban puestas las indicaciones para la carrera y los organizadores se aseaban como héroes bajo un sol irresponsable; más bombas de estuendo, banderines con los colores de los equipos a lo largo de la costanera y, sobre la tarima de madera, la banda de música, que empezó desde temprano con su concierto de marchas militares, vales criollos y pasodobles; arriba, en el cielo sin nubes, flotaban dos globos. Algunos remeros eran amigos nuestros, así que resultó sencillo elegir preferencias. Había corrido la voz de que estaba presente el encargado de seleccionar el equipo nacional, un estímulo para exagerar ovaciones, y así estuvimos horas vociferando con tanto énfasis, con tanta necesidad de protagonismo, que al final ni sabíamos la razón por la que estábamos allí; me subí a un árbol, ya en plena búsqueda del electorado, y salté al agua dando brazadas que intentaban parecerse al crawl. Erika y Roberto no vieron nada de esto, desentendidos de todo, la regata consistió para ellos en una vigorosa intimidad debajo de un sauce; en algún momento coincidí con él en una casilla donde vendían empanadas, el caliente vaho de las especias como en cualquier lugar donde la vida tiene sentido, pero Roberto andaba lejos, con los cachetes inflamados por la excitación, y sólo atinó a guiñarme un ojo, una especie de confesión triunfal antes de escaparse.

Por la noche lo acompañé a buscar a Erika. Los padres de ella iban también al baile, pero Roberto prefirió marcar una formalidad, y allí estuvimos los dos, de saco blanco y saludando ceremoniosamente al afable bávaro que, antes de despedirnos, tuvo tiempo de averiguar, más que por interés por pura inercia, nuestros planes generales para enfrentar la vida; para esto teníamos una colección de ideas enormes y proteicas. Erika apareció con una sonrisa de supremacía total, perfectamente dirigida al blanco; las piernas largas cruzando el hall, las rodillas al aire y la certeza de que todos sus pasos la llevaban